

Como escuchar la radio

Raymundo Mier
Universidad Autónoma Metropolitana
Xochimilco, México

a H. S.

Dos manifestaciones de la noción de neutralidad (Lazarsfeld y Enzensberger)

En la convención de 1946 realizada por la National Association of Broadcasters, Paul Lazarsfeld presentó los resultados del primer estudio de audiencia de la radio en los Estados Unidos: las conclusiones de esta presentación se publicaron en el boletín informativo de la asociación. Ahí leemos: "Se ha dicho que la radio, como los otros medios de comunicación masiva, realiza hoy un triple papel: como oficio, como negocio y como fuerza social."¹ Sería posible analizar, bajo ese triple papel, esas designaciones aparentemente descriptivas, inequívocas, el movimiento de una concepción y la multiplicación de objetos sometidos por ellas. Se trata de nudos donde se depositan los perfiles de prácticas y condiciones divergentes para la elaboración y la lectura de mensajes radiofónicos. Descripciones aparentes someten a la identidad movimientos y procesos cuyas marcas son la heterogeneidad de sus agentes, de sus materias y sus operaciones. Los imperativos de una racionalidad legitimada sobre los postulados de la generalización imponen un ordenamiento, una clasificación: se trata de incorporar en estas tres denominaciones puntos de vista cambiantes, centrados sobre sujetos diferenciados. Se reconocen tres direcciones aparentemente autónomas que cifran el funcionamiento de la radio.

Sin embargo, esta voluntad de generalización, de enunciar una explicación económica sobre la base de categorías uniformes y multivalentes no es una prerrogativa del trabajo de Lazarsfeld o de la escuela norteamericana. También las llamadas teorías críticas buscan en la "teoría de los medios" un artificio para la predicción: una vía para la planeación y la prospección, respecto de los procesos

¹ Paul Lazarsfeld y Patricia Kendall, *Radio listening in America*, Prentice-Hall, N.Y., 1948, p. 85.

sociales, y en particular de los mensajes, sus lecturas posibles y los estados y procesos desencadenados por esas lecturas.

Este impulso a la generalización de los esquemas, en un primer momento, parece construir un cuerpo común; parece no mirar sino un mismo fenómeno conformado con la conjunción de los distintos medios masivos —considerados ya como instancias autónomas—. Este fenómeno, o hiperfenómeno, parece adquirir su particularidad mediante la asociación de similitudes de dispositivos fragmentarios y sin embargo coexistentes: cada uno de los medios masivos en su singularidad. Pareciera que con la simple construcción de ese objeto: la noción de *media*, y una teoría de los medios masivos, hiciera irrelevante la profunda carencia de sustratos comunes; pareciera que con nombrarlos bajo una misma categoría se borrara la imposibilidad de coincidencia de estos mecanismos cambiantes de generación y circulación de mensajes, sin orígenes coincidentes, sin sustratos materiales compartidos. Ocurre como si por el sólo hecho de articularlos a través de analogías parciales y frecuentemente no pertinentes, se pudiera hablar, generalizando, de las lecturas divergentes y las condiciones que éstas imponen. Pareciera que con el sólo movimiento de un pensamiento analógico esquemático ese conocimiento de los medios pudiera ya encontrarse en los umbrales de la generalización. Así se ha construido esa ilusión tranquilizante de la estrategia política que ciñe, al mismo tiempo que proyecta sobre un futuro improbable, la inscripción de los medios.

Se va puliendo fatigosamente, con precarias identificaciones formales, la identidad de los medios. Se va erigiendo una teoría sustentada por una voluntad estratégica definida por un punto de llegada, punto soportado por un discurso que fundamenta funcionalmente el papel de los medios en el dispositivo social de producción; punto cuya fisonomía simula soportes convertidos en espacios políticos ficticios. Ese sometimiento a la estrategia es el hilo que rige la aparición equívoca de los objetos que conforman la reflexión teórica acerca de los medios. Se fijan las reglas de construcción aparentes de una teoría de los medios: una vez asumida la identidad del objeto denominado “medios masivos”, se obtiene por derivación su dominio de acción y a través de un deseo de prospección se le atribuye un lugar funcional. Se trata de un trabajo que disuelve las diferencias, que doblega hasta la simetría la no conformidad de las condiciones generadas por cada medio. No se puede reducir al mutismo la heterogeneidad de los procesos, de los trayectos divergentes de las relaciones y las representaciones sociales. Estas encuentran sus circulaciones y sus anclajes en los mecanismos específicos, en las temporalidades particulares que se conforman con recursos de desciframiento y de elaboración del sentido que varían de un medio a otro: no se puede pensar que la lectura de la prensa requiera de las mismas presuposiciones, en lo que respecta al conocimiento previo del lector, que la lectura de la información transmitida por televisión; asimismo, ambas difieren tanto de la radio como de los otros medios sociales de circulación de mensajes. Hay algo inconsistente en la idea de que mensajes que manifiestan la articulación de múltiples procesos semióticos de materias heterogéneas —como el cine, que produce la convergencia de materias acústicas, visuales, lingüísticas, las cuales se articulan según códigos narrativos

aceptados socialmente— de acuerdo con cierta composición específica que rige sus procesos, sea comparable, en lo que toca a las condiciones requeridas para su reconocimiento, al mensaje periodístico o al radiofónico. Estos presentan articulaciones diferenciadas de otros procesos, de otras formas de conformación de la significación que imponen condiciones nada semejantes para su circulación, su distribución y mucho menos para su reconocimiento. Pero éstas no son las únicas condiciones que muestran variaciones inconmensurables en cada uno de esos procesos: cada uno de los mensajes emitido por los distintos medios apela de manera diferenciada a otros discursos y otras formas de relación con el propio sujeto que recibe el mensaje. Cada medio hace valer conjuntos variados de saberes: acerca de la naturaleza de sus propios elementos tecnológicos, acerca de sus procedimientos, acerca del campo de lo decible que reconoce explícitamente, acerca de los campos de exclusión reconocidos consensualmente por el entorno social involucrado en el proceso de comunicación; acerca de los mecanismos que rigen la aparición social de ciertas preferencias. Pero también ponen en juego otros procesos, otros campos de representación no necesariamente vinculados con un saber colectivo circulante: proponen guías de interpretación reconocibles por el lector; incitan a interpretaciones que tienen como sustento las experiencias individuales de éste: lo llevan a desear la emergencia del recuerdo, lo llevan a integrar la lectura de los mensajes en las experiencias pasadas, convocadas ante la presencia de ciertas formas retóricas; o por el contrario, como en el caso de ciertos mecanismos televisivos, le ocluyen toda posibilidad de interpretación que no se sabe sobre mecanismos inmediatos de identificación o lecturas de superficie de las imágenes y las informaciones que se despliegan ante su cuerpo en tensión.

Pero estos saberes, estos otros procesos convocados por las condiciones de aparición de los mensajes correspondientes a los diferentes medios, tampoco son susceptibles de generalización: se entrelazan, se intercambian, se sustituyen, o son completamente suprimidos en ciertas circunstancias, de acuerdo con las posiciones específicas del sujeto respecto de los otros, en el momento de la lectura. Se van labrando fisonomías locales, se van articulando las operaciones de desciframiento según reglas imprecisas: se toman como punto de anclaje para la construcción del sentido elementos inestables, no hay reglas de asociación recurrentes: las estrategias de lectura se producen cada instante. Encuentran solamente su regulación, en ocasiones, mediante procesos colectivos que van hilvanando ejes de referencia colectivos. Estos ejes parecen mostrarse a veces lenta o a veces repentinamente integrados al movimiento cambiante de procesos colectivos desiguales.

La coherencia de los postulados de las distintas teorías de “los medios”, siempre tributarias, siempre al abrigo de otros discursos de los que buscan extraer su verosimilitud, se establece desde una voluntad sistematizante, comprehensiva. De ahí su tendencia incontentada al “diseño de políticas”, a la planificación de los efectos de campañas; plasmar sobre las rutas hipotéticas de una sucesión de objetivos, la racionalidad de un núcleo de supuesta verdad incuestionada. Se habla de lo que pueden los medios, de sus confines, de sus demarcaciones; se hacen predicciones, se afirman ciertas tendencias. Este saber busca no sólo su propia legitimidad, entronizada por métodos incontrastables, sino también la legi-

timidad de los mensajes que habrán de emitir los propios medios. Unos aparecen siempre en relación con los otros: una legitimidad nutre a la otra. Este imperativo de legitimidad para el discurso de los diferentes medios —legitimidades parciales también— se muestra en el uso que hacen las distintas teorías de los *media* de la noción de *necesidad*. Esta noción asegura la autonomización del proceso de comunicación de los distintos medios, los acota bajo un mismo espacio funcional y les otorga la garantía de una identidad social de orden estructural. De esta forma se van instituyendo las formas de regulación social que van a permitir la aceptación de los mensajes.

Por medio de esta noción de *necesidad* se instaura un dispositivo que rige, para los medios, la construcción de la identidad de los ‘otros’: quienes escuchan, quienes realizan la lectura. Se van ordenando en torno de esta noción los rasgos que habían sido construidos a través de otros saberes: se puede hablar ya —y esto constituye un saber fundamental— de los gustos del ‘otro’, de sus requerimientos; se instituye como dato la demanda —no pronunciada, imaginada— del otro. O también, con una perspectiva distinta, con otra orientación estratégica pero no menos vertical, se determina la norma de la escucha: se puede entonces definir lo que debería ser transmitido de acuerdo con lo que aparece como necesidad de quien escucha; se enuncian juicios y se prescriben acciones relativas a lo que sería necesario que ocurriera a partir de la recepción de ciertos mensajes, de la lectura de ciertos “programas”. Aquí se muestra ya el ordenamiento que parte de cierta concepción de la lectura de los medios como un dispositivo regular, con cierta constancia, productor de determinados “efectos”. Se definen, deductivamente, no sólo las lecturas posibles o deseables, sino las obligadas o las “correctas”. De las reflexiones acerca de las radios comerciales a aquellas acerca de las radios revolucionarias, de la teoría de los medios como dispositivo de control a las disquisiciones acerca de los medios alternativos, el sesgo impuesto por las estrategias aparentemente antagónicas no oculta una racionalidad compartida. El discurso acerca de los medios, que instaura a los emisores como agentes del mensaje, cobra así la facultad ilusoria de manejar la verdad acerca de la identidad del otro, del lector, así como de su lectura.

Preferencia, gusto, educación, participación, movilización, retroalimentación, horizontalidad, etcétera, aparecen como nociones dispersas, incrustadas en discursos, en saberes enfrentados que atraviesan los medios y su entorno. A su vez, cada una de estas nociones recubre un campo de objetos variado y sincrónico: el concepto de gusto, por ejemplo, no habla de lo mismo cuando está referido al dispositivo radiofónico o al de video, al de representación teatral o a la expresión escrita. Sin embargo, todos los objetos recubiertos por esta aparente noción única coexisten, circulan en distintos discursos, parecen a veces convergentes, a veces delinear figuras desencontradas. Estas nociones, en su aparente diversidad, en su lugar estratégico aparentemente diferenciado, orientadas según polaridades aparentemente irreconciliables, no han dado lugar, en los discursos dominantes acerca de los medios, a la pregunta por *la legitimidad de ese saber*. No se trata de la legitimidad de los mensajes, se trata de la legitimidad del saber que ordena las operaciones que generan los mensajes, en los distintos medios de comunicación.

Lo que se ha generado es, más bien, la inversión del proceso: los saberes acerca de los medios y los mensajes emitidos por éstos han sido colocados en esferas mutuamente excluyentes, sin relación estrecha, vinculados sólo por una muy mediata conexión, por lazos de determinación laxos y a veces declarados como residuos eliminables.

La autonomía aparente de estos saberes respecto de los procesos heterogéneos, así como de los dispositivos en los que se inscriben los mensajes y los propios mensajes, ha dado lugar a la implantación de criterios de aceptación sobre los que se asienta la circulación de mensajes de los medios masivos. Esta aceptabilidad construida por la circulación social de saberes fragmentarios acerca de los medios, por nociones sin referencia precisa, permite su instauración legítima en el campo de los discursos circulantes en un espacio social determinado. El campo de la legitimidad se desplaza. No se trata de la validez, de la verdad, de la verificación, de la adecuación de un mensaje; la legitimidad aparece en la simple admisión del mensaje dentro del campo discursivo. Esta inscripción somete a todo enunciado a un régimen de intercambio marcado por una lógica de las equivalencias. Ese sería tal vez uno de los dispositivos de construcción de la legitimidad de los mensajes en los medios masivos. Esta aceptabilidad aparece pues en la medida en que un determinado conjunto de discursos, de mensajes, encuentra ciertas reglas de derivación a partir de los saberes dominantes socialmente acerca de los medios.

Se podría hablar de regiones diferenciadas en lo que respecta a estos saberes que conforman la aceptabilidad de los mensajes: saberes que señalan lugares y caracteres a la identidad específica de las instancias que intervienen: quién enuncia el mensaje, quién encarna su lector imaginario; aparecen asimismo saberes que articulan las operaciones de emisión y lectura de los mensajes: conocimiento de los géneros, despliegue de los mecanismos retóricos que aseguran captación de la atención, formas de enlace lógico entre los elementos de los mensajes que aseguren ciertas identificaciones, ciertos simulacros, ciertas resonancias que engendren en el otro los lazos imaginarios que restauren el hábito y la credibilidad. Se trata pues de saberes acerca de los sujetos involucrados en el proceso de los medios masivos y acerca de las operaciones de formación de mensajes. No obstante, estos saberes no circulan como tales entre los sectores sociales. Aparece una desagregación de los elementos constitutivos de esos saberes. Esta desagregación los pone a cubierto frente a la pregunta acerca de su innegable arbitrariedad. No ofrecen su lógica, no la ponen al descubierto, no someten a discusión el contenido de sus afirmaciones. Su contundencia proviene a su vez de las condiciones de su materialización: esta materialización se afirma en la medida en que los agentes de esos saberes son los depositarios sociales de la palabra, su lugar social aparece ya inscrito como lugar privilegiado en la circulación de los mensajes.

No obstante, ese saber desagregado no adquiere una fisonomía homogénea en todos los espacios sociales, en todos los grupos, en todos los sujetos. Las estrategias de aceptación, las estrategias de lectura de los mensajes sufren reordenamientos que son a veces sectoriales, pero otras veces se reconocen sólo en fisonomías singulares, en actualizaciones estrictamente subjetivas. Se trata de saberes socia-

les respecto de los medios, sus actores y sus operaciones, que adquieren fisonomías cambiantes, que encadenan operaciones de manera inestable. No se trata de construcción de gramáticas, son operaciones colectivas, incluso en la radical singularidad con que aparecen en los individuos, que redefinen constantemente sus trayectos: las lecturas de los medios no se generan a través del reconocimiento de reglas constantes, de elementos siempre estables respecto de su significación. Quienes leen el periódico establecen hábitos, fluctuantes en cierta magnitud, que tienden a ordenar de manera particular los códigos propuestos por los propios medios: quienes escuchan el radio no generan sus interpretaciones, no enlazan sus propios discursos, no establecen sus identificaciones, no construyen sus representaciones con los mismos elementos, no son inducidos a procesos de deriva, no son empujados hacia sus propios recuerdos, a sus propias divagaciones por medio de reglas idénticas. No se da un proceso regulable para todos los sujetos, para todos los dispositivos colectivos, para todos los lectores de los distintos medios.

Lazarsfeld afirma que “durante la guerra, la radio hizo una considerable contribución a la moral civil al decir a los radioescuchas cómo podían ayudar en el esfuerzo de defensa nacional. Tejida entre los guiones de los programas con grandes audiencias se encontraba información acerca de la necesidad de donadores de sangre, la regulación de las medidas contra incursiones aéreas, el éxito de las ofensivas de guerra conjuntas, y situaciones similares. Inmediatamente después de la guerra se dio una discusión reiterada acerca de la continuación de estas prácticas en tiempos de paz. Se tenía la sensación de que por medio de inserciones realizadas hábilmente en los programas populares de radio, ésta podría colaborar en gran medida a la explicación de la complejidad de algunos problemas contemporáneos y enfatizaría la necesidad de participación en causas útiles.”² Aquí, la circulación de esos supuestos saberes acerca de los otros parece legitimar una tesis: la continuidad de las operaciones de lectura a través de procesos radicalmente distintos de orden político y social. Parecería que los sujetos escuchan lo mismo de la misma manera en los momentos de guerra y en los momentos de paz. Aquí se distinguen los perfiles de una concepción neutral de los medios: las estrategias que permiten la interpretación social de los mensajes se mantienen invariantes bajo la amenaza de la muerte o ante la promesa de satisfacción. De la afirmación de la constancia en las operaciones que conducen la lectura se puede pasar de inmediato a otra afirmación: la autonomía funcional de la radio. Esta autonomía funcional reposa sobre el transfondo de la regularidad asumida de los procesos de lectura. Esta no aparece afectada por la multiplicidad o la complejidad de los códigos que intervienen en la interpretación; tampoco parece verse afectada por el número creciente e indeterminado de sus conexiones; el reconocimiento de los usos lingüísticos parecería no hacer intervenir los cuerpos ni la mirada de quienes establecen la relación por medio de los mensajes. Las operaciones que dirigen el trayecto de las significaciones parecen permanecer inalteradas ante las convenciones, fluctuantes por momentos, que los grupos sociales imponen sectorialmente a la lectura. Pareciera que ésta es solamente un procedimien-

² Ibid., p. 82.

to de reconocimiento, una gramática inventariable, al margen de los mecanismos complejos de identificaciones grupales, de formas específicas de anudamiento de las relaciones imaginarias que llevan, por ejemplo, a la omisión de información o a su desconocimiento —incluso a la no aceptación de un mensaje como tal—. Estas condiciones no pocas veces desembocan, como habremos de ver, en la convocación de un mensaje o conjunto de mensajes que se hace incidir sobre el mensaje escuchado o leído, que se muestra mediante elementos discursivos diversos, como cadena metafórica que redefine el proceso completo de significación del mensaje.

Otras concepciones, otros discursos acerca de los medios, han llegado a edificar de manera diferente la noción de neutralidad, asignando otros alcances, inscribiéndola en otro campo conceptual. Desplazando fuera del campo de reflexión los alcances políticos que implica su lógica en los procedimientos de análisis, la noción de neutralidad aparece, en las teorías *críticas*, como una exterioridad, como un señalamiento de lo ajeno que es preciso negar cuando aparece en el entramado constitutivo de la propia reflexión. Pero esta denegación, que muchas veces aparece como denuncia de los otros, muestra una lógica compartida por reflexiones que se sitúan a sí mismas en campos encontrados de la lucha política. Saberes diferentes implantan y consolidan mecanismos de legitimación que encuentran sus soportes sobre lógicas comunes.

También en las reflexiones “críticas” se autonomiza el proceso de emisión-receptor (o de acuerdo a su propia terminología: producción-circulación-consumo o reconocimiento). Esta autonomización reviste características que pueden ser más o menos sutiles según los dispositivos teóricos de análisis que se empleen.

La reflexión que tiende a caracterizar los medios en su conjunto como una “industria de la conciencia” nos proporciona un ejemplo, entre otros, de esta racionalidad compartida, de esta articulación de la reflexión acerca de los medios, sobre la noción de neutralidad. Una neutralidad siempre denegada.

En efecto, entendida como concepto primitivo, esta noción muestra las características generales que hemos reconocido en la concepción de Lazarsfeld: autonomización, reducción de las especificidades locales de los procesos que engloba, proyección de estas especificidades sobre el paradigma de otros modelos globales de análisis, reducción por analogía a otros campos radicalmente heterogéneos del espacio social.

También podemos encontrar en esta concepción de los medios, algunos de cuyos elementos fundamentales han sido desarrollados por Enzensberger, presuposiciones que reposan sobre una representación particular de las operaciones de lectura: sobre el reconocimiento de la constancia de dichas operaciones a lo largo de propuestas contradictorias, sus elaboraciones parecen sostenerse sobre un desconocimiento de las condiciones de emisión y la materialidad de sus operaciones, sobre una lógica de equivalencia entre mensajes cuyos soportes materiales y modalidades de circulación son radicalmente distintos; sobre un particular régimen de exclusión teórico que alcanza los lugares simbólicos ocupados por los agentes que intervienen en los procesos múltiples de los medios masivos. Esta reduc-

ción encuentra su evidencia más palpable en el razonamiento analógico que constituye una de las proposiciones nucleares en esta teoría: la equiparación de los procesos que se articulan en el dispositivo de los medios masivos, con la producción, con una industria. Este razonamiento analógico juega con la eficacia de una metáfora que señala una inscripción política al margen de cualquier capacidad explicativa o cualquier posibilidad de táctica o movimiento político a partir de los medios. Se involucra a los medios en la clase global de las instancias sociales de producción: la reducción analógica es todavía más pronunciada.

Si bien en la concepción de Lazarsfeld la industria de los medios tiene como finalidad la producción de mensajes, en ella la imagen de una gramática de la lectura —como conjunto determinado e inventariable de operaciones— juega un papel lateral, ejerce una determinación externa sobre el cuerpo teórico fundamental para el análisis de los medios. Esto no otorga una importancia secundaria a esta determinación externa; más bien señala un cierto campo de exclusión que corresponde a la orientación de los esfuerzos explicativos de dicha teoría.

Por su parte, Enzensberger proyecta el carácter metafórico de sus conclusiones sobre ámbitos todavía más heterogéneos al incluir “estados de conciencia” como el producto final implícito de la operación de los medios masivos. El momento terminal del proceso, los “estados de conciencia”, presupone la inmersión de las estrategias de escucha y los demás factores que conforman el valor pragmático de los mensajes, en un vasto dispositivo de control; dispositivo inherente a la “producción”. Sin esta caracterización y este encuadre de los procesos, el concepto de producción inherente a la representación de los medios como industria no pasa de ser una mera sugerencia. Se trata, en ella, de marcar los bordes que autonomizan el proceso, que trazan el campo de sus conexiones posibles, previamente determinadas; se trata de encontrar formas y procedimientos que definan inequívocamente los trayectos y las derivaciones que generan procedimientos locales de lectura. Sin este encuadre de la teoría de la lectura, de los desplazamientos del sentido bajo los marcos de una teoría del control, exterior a la propia reflexión acerca de los medios, esta concepción de “industria” confina sus alcances a una declaración, a un voluntarismo teórico. Esa empresa poco factible: la incorporación de una teoría del control sobre los flujos que definen las operaciones de la lectura, es sin embargo un trabajo conceptual implícito en las propias teorías críticas. La *tesis de la neutralidad* ha sufrido, en esta concepción, la redefinición del perfil de sus representaciones. Se presenta con otra inserción, adquiere otro valor dentro de la teoría: la inscripción de la noción de neutralidad aparece constitutiva de la teoría desde el interior mismo de ésta. Conserva su lógica determinista, funcional, desde un silencio que simula su exclusión del campo de la reflexión. Pero se produce un efecto teórico correlativo a la autonomización de los medios al segmentarlos de sus ramificaciones, excluir su arraigo en la circulación de discursos que se da en los dispositivos colectivos exteriores a los propios medios. En esta autonomización, en este “recorte”, los elementos internos del proceso quedan sometidos a una lógica, a una reflexión puramente formal que se ordena según valores funcionales. Cada una de las instancias del proceso queda identificada con un campo de funciones abstracto, definida de acuerdo a

su lugar en el proceso así autonomizado. Estas funciones no responden a la propia materialidad de los procesos, así como tampoco a la inscripción múltiple, heterónoma, de los elementos que intervienen en ellos respecto de otros procesos. El caso de la radio es particularmente pertinente: el mensaje radiofónico aparece dotado de cierta función, presupone que su lectura, por analogía con el lenguaje oral, se dé siguiendo ciertos procedimientos estables. Se le asigna en consecuencia un lugar y un significado, se le asigna entonces *un valor ideológico*, cuya naturaleza responde a un puro efecto interno de la teoría. El analista asume entonces que la lectura habrá de seguir una trayectoria fijada de antemano, habrá de reconocer los mismos elementos que el analista, habrá de corresponder a una estrategia según esos parámetros, habrá de integrarlos en el orden de sus representaciones en un lugar y según una jerarquía inequívoca. No aparecen por ningún motivo esos otros espacios de interrelación, de conexión de flujo entre discursos: asociaciones metafóricas, abandono del discurso radiofónico y encadenamiento con otras representaciones, otras evocaciones, otros deseos; articulación del discurso que se escucha con otros saberes que modifiquen la inscripción en el sujeto de las significaciones con las que toma contacto; derivación del sujeto hacia procesos regresivos a partir de ciertas cadenas sonoras; se desconoce el enganche de estos elementos relevantes para el sujeto, que escucha según un orden y una dinámica emanada de los dispositivos colectivos. Son éstos lo que hacen circular discursos que se mueven paralelamente al discurso que suena en el radio, para atravesarlo a veces bruscamente, para hundirlo otras veces en el olvido.

Estos elementos son excluidos en esta silenciosa fantasía, omnipresente, del control y su lógica. La esfera de la “producción de conciencias” se autonomiza. La fantasía de una regularidad sin desfallecimientos, de la presencia de la normatividad y el control, de la repetición, la reproducción —entendida como la insistencia de lo mismo—, marca la concepción “crítica” de los medios y las generalizaciones a que da lugar.

Las consideraciones derivadas de estas teorías no están exentas de alcances políticos que someten a esa racionalidad el campo de las tácticas posibles. Enzensberger afirma: “La posición entre productores y consumidores no es inherente a los medios electrónicos, más bien ha de ser afirmada mediante medidas económico-administrativas.”³ Entre las razones que llevan a Enzensberger a esta propuesta están ciertas características del material tecnológico que tiene difusión y distribución generalizada: se trata de la posibilidad reversible de convertir emisor en receptor y viceversa mediante operaciones tecnológicamente sencillas. Sin embargo, aparecen dimensiones de análisis que no tienen que ver con las posibilidades o las capacidades de los elementos tecnológicos: estas capacidades cobran existencia social sólo si han sido construidas, incorporadas como objetos en los discursos y saberes sociales que circulan; tanto el material tecnológico como los saberes que determinan su lugar, su inscripción en el campo de las representaciones sociales, revelan dinámicas no coincidentes, mecanismos de surgimiento,

³ Hans Magnus Enzensberger, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, ed. Anagrama, Barcelona, 3a. ed., 1981, p. 30.

de transformación que no se interdeterminan de manera inmediata ni directa. Por otra parte, se inscriben en un dispositivo político que no sólo ordena ciertas condiciones de posibilidad de los objetos tecnológicos surgidos de la circulación de enunciados colectivos, sino que señala además el espacio y las estrategias posibles que rigen la emisión y la recepción de mensajes. La naturaleza de las interacciones entre emisor y receptor varía. Esta variación no se debe únicamente a las características de que está dotado socialmente el objeto tecnológico, sino a condiciones pragmáticas absolutamente vinculadas con la materialidad de los mensajes, con su sustancia semiótica, con la materia que permite la sustentación del mensaje. No aparece con la misma claridad la capacidad reversible de la emisión-recepción en la fotografía o en la radio, en el cine o en la televisión. Los mecanismos de enunciación, las condiciones a las cuales están sometidos, los lugares y las inscripciones imaginarias de los sujetos involucrados no tienen la misma capacidad social de reversibilidad que aparentemente poseen los objetos en un nivel puramente tecnológico. En las formulaciones teóricas de Enzensberger aparece implícita una capacidad tecnológica tan grande al alcance inmediato de grandes masas de población que, prácticamente, en todos los medios se llegará a una capacidad múltiple y colectiva de la emisión y la recepción. Para Enzensberger se trata simplemente de desarrollar las condiciones para *otro uso* de la tecnología que por sí misma ofrecerá esta capacidad reversible. En particular su acento está puesto en factores económico-administrativos. Sin embargo, un elemento central en su formulación es, nuevamente, una cierta concepción de neutralidad asociada a las capacidades de reversibilidad de las operaciones de emisión-recepción ofrecidas por el avance tecnológico. Enzensberger reconoce ciertos matices, no siempre compatibles con las nociones implícitas en sus propias formulaciones: "quien cree que la emancipación se puede lograr con ayuda de un aparato o sistema de aparatos tecnológicos, cualquiera que sea su estructura, sucumbe a la oscura fe en el progreso. Y quien cree que la libertad de los medios quedará implantada tan pronto como cada individuo se dedique a emitir y recibir, sucumbe a un liberalismo que, bajo los ropajes actualizados proclama la ya marchita idea de una armonía preestablecida entre todos los intereses sociales.

"Frente a tales ilusiones, cabe hacer hincapié en que *el uso correcto* de los medios exige y posibilita una organización. Toda producción presupone un método colectivo de producción. Ya es una forma de auto-organización de las necesidades sociales.

"Hoy en día los magnetófonos, cámaras fotográficas y cámaras de 8 mm. ya se encuentran en gran medida en posesión de los asalariados. Cabe preguntarse por qué tales medios de producción no aparecen masivamente en los lugares de trabajo, en las escuelas, en las oficinas de la burocracia y, en definitiva, en cualquier situación de conflicto social. Produciendo unas formas agresivas de publicidad, que sería la suya propia, las masas se podrían asegurar de sus experiencias cotidianas y deducir de ellas enseñanzas eficaces."⁴

⁴ Ibid., pp. 35-36.

Aquí aparecen los elementos fundamentales que hemos señalado respecto de esta particular concepción de los medios: aparece una norma reconocible, instaurada desde un saber externo que fija los límites, las normas del *uso correcto* de los medios; asignación y reconocimiento de cierta identidad imaginaria de los 'otros' en nombre de quienes se decide. Aparece también la concepción de producción, inherente al razonamiento analógico que extiende la noción de industria a la emisión-recepción de mensajes. Se puede leer sobre los vacíos del discurso de Enzensberger la reducción, el sesgo que desplaza la materialidad específica de cada uno de los medios, así como la variación de las innumerables formas de conexión que establece con niveles heterogéneos de articulación de las prácticas sociales. En la parte final de fragmento citado, cuando Enzensberger habla de la difusión que han alcanzado ciertos medios, así como de las restricciones sociales de su campo de empleo; cuando propone implícitamente su uso en distintos ámbitos de la práctica social, en distintos espacios normados, sometidos a diferentes dinámicas institucionales, parece trazar implícitamente un perfil virtual de los medios. Pareciera que los medios son adaptables a cualquier circunstancia: su capacidad múltiple parece poner en juego en cada caso capacidades virtuales que son susceptibles de transformar y de inscribirse de maneras equivalentes en las distintas condiciones de intercambio comunicativo requeridas. Es así como podría plantearse este reclamo que convoca la presencia de los medios en los más distintos ámbitos institucionales y políticos, para cumplir las más variadas tareas, para adquirir las más alejadas funciones. Esta atribución de rasgos potencial e irrestrictamente adaptables encubre una presuposición esencial: la no pertinencia de la materialidad de los mensajes y su esencial permeabilidad a todas las operaciones. Así, es posible encontrar un desconocimiento de los factores diferenciales que señalan campos y procesos específicos tanto al magnetófono como a la cámara fotográfica o al cine: cada uno de estos, y otros medios, implican procesos de lectura y emisión, de generación y circulación de mensajes, respuestas e incluso obligaciones o identidades simbólicas irreductibles a un paradigma común.

También la noción de "uso correcto" parece encubrir otros rasgos de esta concepción de la neutralidad: existiría un inventario determinable de capacidades en el objeto tecnológico, aun cuando estos rasgos no tengan realización específica en el espacio social. De ahí que exista la posibilidad de trazar un deslinde normativo entre los usos posibles, su corrección o incorrección; éstas asumen implícitamente un campo de invariancia centrado en la naturaleza del objeto tecnológico. Por otra parte, esta normatividad exterior al objeto invariante (incluso como objeto determinable y parcialmente no manifestado) hace depender absolutamente los lugares y las condiciones de emisión y recepción de esta instancia normativa exterior. La introducción de elementos y procesos intermediarios —jurídicos, económicos, políticos— no amortigua el impacto conceptual de la noción de neutralidad que articula los elementos de reflexión sobre los medios.

Todas estas consideraciones desembocan en una concepción de la estrategia que inscribe también globalmente a todos los medios en una misma clase; la "transparencia" de los medios ofrece alternativas políticas siempre exteriores al dispositivo específico de cada medio. Se habla de normas que rigen únicamente

los aspectos de control externo de los medios sin aludir a las condiciones particulares de la materialidad de los circuitos en que se inscriben. Enzensberger resume su análisis y sus propuestas de la siguiente manera:⁵

USO REPRESIVO DE LOS MEDIOS	USO EMANCIPADOR DE LOS MEDIOS
— programa de control central	programas descentralizados
— un transmisor, muchos receptores	cada receptor, un transmisor en potencia
— inmovilización de individuos aislados	movilización de las masas
— conducta de abstención pasiva respecto al consumo	interacción de los participantes, feedback
— proceso de despolitización	proceso de aprendizaje político
— producción por especialistas	producción colectiva
— control por propietarios o burócratas	control socializado por organizaciones autogestivas

Las condiciones materiales específicas de inscripción de cada uno de los distintos medios en procesos sociales heterogéneos, así como las modalidades específicas de manifestación de los mensajes correspondientes, hacen que esta *norma de uso*, sea externa tanto a los medios como a las estrategias y deseos móviles de los dispositivos colectivos. El conjunto de estos usos opuestos, alternativas binarias, muestra los efectos de este desconocimiento concreto de los medios tanto como la apropiación de un saber que admite la instauración de una norma sobre las configuraciones de las estrategias colectivas, estrategias que han sido siempre puntuales en los procesos revolucionarios.

En efecto, en los momentos de emergencia de procesos revolucionarios se generan operaciones de lectura que desplazan todos los criterios normativos generados a partir de esquemas teóricos inamovibles. Surgen mecanismos singulares de articulación del sentido, formas inusuales de conexión de dispositivos colectivos de lectura y de enunciación de estos mensajes. Se inscribe cada medio, según sus características, en momentos tácticos singulares dictados por la dirección del propio movimiento. Un ejemplo particularmente significativo de este proceso ha

⁵ Ibid., p. 43.

sido descrito agudamente por Fanon en su análisis de la revolución argelina. Dice Fanon: “En la Argelia ocupada, el radioreceptor es una técnica del ocupante que, en el cuadro de la dominación colonial, no responde a ninguna necesidad vital del ‘indígena’. El aparato de radio, como símbolo de la presencia francesa, como sistema material incluido en la configuración colonial, está teñido de una valoración negativa bastante importante. La eventual multiplicación y la posible extensión sensorial e intelectual a través de la radio francesa son rechazadas implícitamente o negadas por el autóctono. El instrumental técnico, las nuevas adquisiciones científicas, cuando encierran una carga suficiente como para conmover los dispositivos de la sociedad autóctona, nunca se perciben ‘en sí’ como objetos neutros.”⁶ Fanon señala aquí ciertas condiciones de la existencia de la radio y los discursos que la hacen surgir como objeto articulado con los mensajes propios de la radio: estas condiciones aparecen como un saber circulante acerca del objeto que se inscribe en las representaciones colectivas respecto del campo tecnológico. A la radio se le señala cierto ámbito de pertenencia, se reconocen sus territorios, se le inviste con ciertos rasgos a partir del reconocimiento de su lugar frente a la identidad colectiva de los grupos dominados. Estos procesos definen las posibilidades de ciertas operaciones de lectura, penetran los espacios cotidianos que ofrecen conexiones, aún virtuales, con el objeto, con el radio. Su inscripción se reconoce como exterior, antagónica; su capacidad instrumental no ha sido construida hasta ese momento en ese saber sectorial de los grupos colonizados. La radio, *en esa fase de lucha política*, no tiene lugar en el entramado ideológico de las necesidades de esos grupos. Las operaciones de lectura asociadas a él se han producido en conexión, por contigüidad con las prácticas dominantes, generando un reconocimiento de la radio como un elemento en el campo simbólico de dichas prácticas. No aparecen las condiciones materiales para que la radio sea mirada en su articulación específica con las prácticas específicas del sector colonizado, para que se integre en los dispositivos colectivos revolucionarios en gestación.

En este sentido es posible decir que, aunque cierto campo de objetos sea caracterizado como “neutro” por un discurso dominante, reconocido sectorialmente, esta neutralidad es un *efecto discursivo*. Esta calificación, esta inscripción en el campo de los objetos emana de un saber particular centrado sobre un proceso de articulación y adecuación locales que se produce por la construcción colectiva de ciertos rasgos, rasgos que definen el objeto de acuerdo con las prácticas sectoriales de ese grupo social. Pero en este proceso de articulación y adecuación locales se hace evidente que no se produce la *reproducción* de otras relaciones, de otras formas de circulación discursiva, de otras condiciones y reglas provenientes de dispositivos sociales distintos que rijan el surgimiento de dichos objetos con el perfil que adquieren; perfil móvil, producción táctica del objeto de acuerdo con los momentos de las relaciones colectivas de fuerza.

⁶ Frantz Fanon, “Aquí la voz de Argelia . . .” en Lluís Bassets (ed.), *De las ondas rojas a las radios libres*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981, p. 75.

Estas reglas, el surgimiento de esos objetos, inducen también relaciones y conexiones cambiantes a las operaciones de lectura; éstas se articulan, por consiguiente, con los rasgos específicos surgidos a partir de la propia materialidad del objeto tecnológico y de las condiciones que impone a las prácticas que articula.

Esto se muestra con claridad en otro pasaje del mismo trabajo de Fanon. Ahí describe los efectos y modalidades diferenciales de lectura impuestos por el diario, la letra escrita, y los modos de circulación de ésta, respecto de aquellos que surgen con el uso de la radio por las fuerzas de liberación. Esta relación y las operaciones específicas que se articulan en cada medio se van reordenando, van encontrando nuevos contenidos, nuevos flujos de articulación con las prácticas revolucionarias colectivas. Se produce una modificación radical de las operaciones de lectura a medida que se redefinen las relaciones de fuerza, el campo de poder, las estrategias de la lucha política. El material, la magnitud de éste, la relación entre los contenidos y su extensión con el volúmen del material periodístico, así como la permanencia de éste, son condiciones que implican un particular despliegue de las operaciones de lectura respecto de las condiciones espacio-temporales de la emisión del mensaje. “Los argelinos, ávidos de información objetiva, compran los periódicos democráticos que llegan de Francia. Estos diarios logran entonces un éxito financiero completo. *L'Express, France-Observateur, Le Monde*, se multiplican y aumentan sus envíos a Argelia. (. . .) Los voceadores, casi todos jóvenes argelinos, venden exclusivamente la prensa local. Los diarios europeos no son llevados al consumidor sino que deben ser comprados en los quioscos. (. . .) los repetidos secuestros de algunas publicaciones tienen un significado particular. (. . .) Para el argelino, pedir *L'Express, L'Humanité o Le Monde*, SIGNIFICABA CONFESAR PUBLICAMENTE, Y CASI SIEMPRE A UN AGENTE DE LA POLICIA, SU ADHESION A LA REVOLUCION (. . .) significaba singularizarse. Así, comprar tal o cual periódico se identifica con un acto nacionalista, pasa a ser de inmediato un acto peligroso. (. . .) A partir de un momento determinado, los propietarios de los quioscos se niegan a vender a los menores *L'Express, L'Humanité y Libération*. EN ESTAS CONDICIONES, LOS ADULTOS SON OBLIGADOS A DESENMASCARARSE O A CONTENTARSE CON *L'Echo d'Alger*. En ese instante la dirección política de la Revolución dio la orden de boicotear la prensa local argelina.”⁷ Se trata no sólo de modalidades de existencia material de los medios, sino también de conjuntos de condiciones correlativas: temporalidades diferidas entre los distintos momentos del proceso, presencia, posesión material de mercancías, localización espacial de éstas, capacidad de modificación espacial, táctica, de los puntos y los agentes de la distribución. Se trata también de la evidencia patente del mensaje en todos los elementos de su textualidad: el mensaje es capaz de ser sometido siempre a condiciones homogéneas de confrontación y verificación; impone también cierto carácter de invariabilidad en su distribución y circulación. Siempre existe la posibilidad de volver sobre el texto, sobre la letra, para corroborar los detalles, la verosimilitud, las lecturas posibles del texto escrito. La reflexión en torno a la

⁷ Ibid., pp. 82-83.

materialidad de los medios excluye el eje de análisis articulado por la noción de neutralidad.

La noción de neutralidad presupone lo político. Esta afirmación que parece obvia en cualquier reflexión de orden político, en el momento en que reviste el objeto tecnológico adquiere una apariencia un tanto extraña, se convierte casi en un contrasentido. Pareciera que es precisamente este objeto el que determina nítidamente el campo de la neutralidad como un campo de supresión de lo político. Sin embargo, esta noción, al reposar —como hemos analizado anteriormente— sobre la inafectabilidad de la naturaleza material del dispositivo que sirve de base al funcionamiento del medio, y al desplazar sus efectos específicos más allá del análisis, induce una orientación de éste según dimensiones funcionales. Es aquí donde las implicaciones teleológicas de la categoría de función se imponen sobre el campo político. Se produce una imagen virtual de lo político construida en el exterior del dispositivo de un medio específico: desplazado hacia el “buen o mal uso” o las formas de gestión.

La noción de neutralidad presupone campos claramente acotados dentro de la lucha política; presupone el reconocimiento de superficies marcadas, reconocibles, atribuibles a los agentes, se podría hablar incluso de ciertos rasgos indelebiles que fijan la identidad de los actores, de los mensajes, de los procesos de circulación del material discursivo. Al sector “crítico” corresponderían los usos adecuados, “concientizadores” respecto del orden de la dominación; a los otros se les atribuye el uso de los medios como mecanismos para asegurar el orden de la “reproducción” del sistema. No obstante, es posible encontrar formas colectivas de circulación de sentido contradictorias, susceptibles de revertir su inscripción política en cualquier momento. Operaciones que parecían dotadas de un carácter político claramente determinado, al encontrarse en conexión con otros flujos colectivos, revierten su signo. Se ha visto ya como el dispositivo disciplinario inherente al uso educativo de los medios ha pasado (por la vía de una permanencia en las operaciones de descodificación atribuidas a un campo político) de un proceso de emergencia popular contra regímenes dictatoriales, a ser un proceso sobre el cual se apoyan de manera programática los mecanismos de otra dictadura antidemocrática y opresiva bajo la bandera de la liberación.

La noción de neutralidad presupone una aparente paradoja: simultáneamente implica la invariancia y la variación infinita. La invariancia es estructural y transhistórica. Pareciera que se ve de la misma manera una película hoy que hace cuarenta años, o se escucha el radio según las mismas condiciones, reproduciendo los mismos rituales.

Se puede corroborar precisamente lo contrario: la modificación incesante de las operaciones de lectura y sus conexiones, la edificación de condiciones grupales de percepción, la configuración de tácticas de generación de sentido que tienen existencias precarias asociadas a deseos y formas de circulación colectiva del poder, de la dominación. A partir de las morfologías posibles del objeto tecnológico, en su materialidad, se producen conexiones cambiantes pero específicas en los discursos colectivos, en las relaciones de fuerza.

No obstante, afirmar la no neutralidad de la radio —o de cualquier otro me-

dio— sería admitir la pertinencia de ese eje de análisis. La tesis de la neutralidad arrastra, dentro del mismo espacio, presuposiciones compartidas, revela los mismos rasgos impuestos por cierta racionalidad de una concepción de lo político.

El sentido del mensaje como imaginación colectiva.

La radio, especialmente en el contexto del movimiento revolucionario, es otra cosa. En el momento de escuchar individual o grupalmente el mensaje frente al aparato de radio se presentan otras condiciones; se requieren otros saberes colectivos, otras formas de articulación y circulación de los dispositivos colectivos de construcción de sentidos. Se producen otras operaciones de lectura que nada tienen que ver con las que se encuentran implicadas en la circulación y descodificación de otros mensajes por ejemplo el de los diarios: “Con la radio —escribe Fanon— el argelino que desea vivir al mismo nivel que la revolución tiene por fin la oportunidad de escuchar la voz oficial, la de los combatientes, explicándole el combate, narrándole la historia de la liberación en marcha, incorporándolo al nuevo aliento de la nación.

“Aquí encontramos un fenómeno lo bastante original como para que fijemos en él nuestra atención. Los servicios franceses, tecnificados al extremo y enriquecidos por la experiencia de las guerras modernas, hábiles en la práctica de la ‘guerra de ondas’, no tardaron en localizar la longitud de onda de las estaciones transmisoras. Desde ese momento, los programas fueron interferidos sistemáticamente y *La Voz de Argelia Combatiente* llegó a ser prácticamente inaudible. *Los volantes aconsejaban a los argelinos escuchar la radio durante dos o tres horas al día.* Durante una misma emisión, la otra estación transmitiendo en otra longitud de onda sustituía al primer transmisor interferido. El auditorio se había incorporado a la batalla de las ondas, adivinaba la táctica del enemigo, y casi de manera física, muscular, neutralizaba la estrategia del adversario. Con frecuencia únicamente una persona con el oído pegado al aparato tenía la suerte excepcional de escuchar *La Voz*. Los otros argelinos presentes en la sala recibían el eco de esta voz y, a través del susurro del intérprete privilegiado que, apenas finalizaba la transmisión, se veía literalmente asediado. Los asistentes pedían información sobre tal o cual batalla que había comentado la prensa francesa en las últimas 24 horas y el intérprete, apenado sintiéndose culpable, confesaba que *La Voz* no la había mencionado.

“Sin embargo, después de un intercambio de opiniones y de común acuerdo, los asistentes decidían que La Voz se había referido explícitamente a los hechos, pero que el intérprete no había comprendido la información. Comenzaba entonces un verdadero trabajo de elaboración. Todo el mundo colaboraba y las batallas de ayer y anteayer se construían según el deseo profundo y la creencia indestructible del grupo. El auditorio completaba el carácter fragmentario de las noticias mediante una creación autónoma de información.

“Cada mañana, hablando con el vecino o con su camarada, completa las informaciones fragmentarias de *La Voz* y responde a las noticias tendenciosas de

la prensa enemiga. A las afirmaciones oficiales del ocupante, a los boletines alarmistas del adversario, opone las informaciones proclamadas oficialmente por el Comando de la Revolución.⁸ Se ve que la inscripción específica de la radio en el momento de la revolución argelina, va planteando una transformación del dispositivo de escucha, de lectura colectiva del mensaje radiofónico, fraccionado, irreproducible, de esta información. La ausencia del cuerpo, la no presencia del otro, del emisor en el campo de la elaboración del mensaje; las formas evanescentes de la cadena oral, las sonoridades atenuadas y sometidas al imperativo absoluto del dispositivo imaginario colectivo, todos estos son factores que permiten la inscripción diferenciada del mensaje en distintos niveles del proceso colectivo. Se hace operante el dispositivo del deseo de los grupos en las conexiones susceptibles de ser establecidas entre el mensaje de la radio y otros espacios de discursos: el mensaje radiofónico se encadena con volantes impresos, circulantes entre el propio grupo, se enlaza con informaciones que circulan por otros medios, de boca en boca, de acuerdo con otras condiciones, según las modalidades de otras materialidades del discurso: el periódico, la información interpersonal, la polémica, la argumentación. Sería preciso preguntarse entonces si este conjunto de operaciones articuladas, si estas estrategias ordenadas por los deseos colectivos, que se conectan con el dispositivo de los mensajes y las acciones colectivas de masas, se podrían generar con idénticos perfiles a partir de los mensajes de otros medios, sobre la base de otras materialidades.

Fanon hace resaltar la dependencia que muestran las condiciones originales y las operaciones de la lectura respecto de los estados del enfrentamiento político; narra el surgimiento y la articulación de dispositivos colectivos que conforman los procesos culturales, que atraviesan en sentidos distintos las formaciones sociales y las modalidades de las luchas colectivas, de la resistencia política. Es el entrelazamiento de estos múltiples niveles de carácter heterogéneo lo que genera paradigmas puntuales, móviles de operaciones de lectura particulares. Estos están, sin embargo, sometidos a un anclaje, a un campo material que rige el carácter de las conexiones susceptibles de articularse en los distintos momentos de la lucha política; esta materialidad rige las modalidades de surgimiento del sentido de los mensajes y sus cauces de circulación.

La exclusión de estas dimensiones hace posible la eficacia de la noción de neutralidad en el campo teórico. Aun cuando esta noción parece restringirse en su alcance fundamental a la atribución de una capacidad indeterminada e infinita a los objetos tecnológicos o a la constancia de las operaciones de lectura, se la excluye del análisis. Esta exclusión reviste, en el caso de distintas teorías, ya sea la conformación de un campo externo del análisis constituyente del propio análisis, o un "olvido" interior al dispositivo teórico. En ambos casos constituye el punto de partida para la construcción de estrategias radiofónicas determinadas. En estos dos lugares ocupados por esta noción ocluida, silenciada, aparece toda la eficacia política que alcanza esa neutralidad. La conformación de estrategias de discursos, de mensajes en torno de este saber no dicho, muestra su sentido a partir de los

⁸ *Ibid.*, pp. 85-86.

efectos que produce en la naturaleza del saber que hace circular así como en las modalidades que va trazando para la circulación misma de los mensajes de los diferentes medios.

Hacia un análisis no estratégico de la radio.

El análisis de los medios está marcado por los postulados de una razón política que proyecta sobre el fenómeno zonas de sombra, traza el contorno de silencios producidos por las fantasías totalizantes, deterministas, exhaustivas de esa racionalidad. La razón política se convierte en punto de partida para la construcción de estrategias; es una trama sin desfallecimientos que prescribe el lugar de objetos futuros, de deseos por venir: tipología de objetos y ley que circunscribe la tipología de deseos colectivos orientados hacia ellos. En esa razón, la radio, los mensajes, las operaciones de descodificación, la circulación colectiva de los discursos tienen ya asignados destinos, funciones, según el paradigma de verdad impuesto para el análisis.

Esta verdad ha mostrado no obstante sus perfiles precarios, desmentida incessantemente por la imaginación colectiva que desborda los postulados de esta racionalidad política, hace fracasar los proyectos políticos que se instauran como un futuro, como la representación material de los procesos colectivos, de sus deseos articulados sobre objetos transitorios. En el momento de la emergencia de esos procesos surgen procesos imprevisibles; son construidas estrategias indeterminables de lecturas: se produce la posibilidad de múltiples formas de circulación de los mensajes, de conexiones entre niveles de discursos aparentemente inaccesibles. La radio, inscrita en estos procesos colectivos en el momento del flujo, del movimiento, adopta modalidades de transmisión inesperadas. Se apoya sobre estrategias que establecen conexiones discursivas a través de elementos aparentemente secundarios, que instauran mecanismos colectivos de dirección, que generan inversiones imaginarias en sujetos que antes no las poseían, que permiten el reconocimiento de líderes que escapan a los marcos institucionales claramente reconocidos. El conjunto de procesos generados en Bolivia con las transmisiones de las radios mineras parece mostrar estos procesos con claridad suficiente.

Para que esta relación particular de la radio con los fenómenos de carácter colectivo se pueda generar, no solamente los patrones, los ordenamientos, los códigos que aparecen como rectores manifiestos de la producción deben haberse transformado. Debe haber ocurrido también una modificación del lugar simbólico asignado a la propiedad de los medios, a los sujetos que aparecen como responsables del funcionamiento de la radio y a los elementos significativos en el mensaje. Pero deben también haber surgido desplazamientos en los patrones de escucha, las pautas de percepción de los elementos estructurales pertinentes para el reconocimiento de los géneros. Es preciso que ocurra una elaboración colectiva de ciertos puntos de anclaje, puntos sobre los cuales se fija un enlace, se produce una derivación hacia otros discursos u otros procesos colectivos. Así aparecen nuevas configuraciones, tácticas de lectura según los momentos que rigen la circu-

lación de los discursos, de las líneas de fuerza que atraviesan la lucha colectiva. No aparecen entonces códigos sino para revelar la inscripción puntual de la significación. Entonces los objetos radiofónicos encuentran otros lugares, se inscriben sobre el perfil de otras interacciones que los definen. Nuevas manifestaciones de los procesos grupales de identificación colectiva circulan en el interior de los movimientos. Se hace más evidente la ausencia de autonomía entre el discurso radiofónico y el conjunto de acciones semióticas, no codificadas, que se produce en los momentos de la lucha colectiva. Juegos semióticos exteriores a los medios y referidos a los mensajes radiofónicos van fijando el sentido, su orientación, bajo formas inconscientes del reconocimiento colectivo.

Sería posible entonces proponer al análisis un trayecto que tuviera como punto de partida ciertas condiciones relativamente estables, relacionadas con la materialidad específica del dispositivo radiofónico y su conformación de acuerdo con ciertas pautas del saber circulante acerca de los medios.

Las condiciones que la propia estabilidad de este punto de partida propone, se refieren no sólo a la evolución posible de los objetos tecnológicos en el campo de las representaciones colectivas sino a la capacidad de multiplicación de conexiones susceptibles de ser construidas a partir del dispositivo material de la transmisión y recepción radiofónicas: llega a ocurrir que aun cuando los desarrollos tecnológicos permitan la modificación del conjunto de rasgos y características que definen el objeto tecnológico, dicha modificación no tiene una inscripción determinada en el campo de las prácticas colectivas. Esto puede ser atribuido a un proceso de resistencia, cuyos mecanismos son todavía un tanto oscuros, o a una diferencia infranqueable entre las condiciones de la elaboración cultural de los objetos tecnológicos, propias de cierto sector social, y las condiciones requeridas para la asimilación colectiva de las nuevas capacidades ofrecidas como resultado del desarrollo tecnológico.

Podemos tal vez afirmar ahora que la estabilidad relativa de la que hemos hablado es el nombre de un conjunto de procesos relacionados con interacciones discursivas heterogéneas —el discurso y las prácticas tecnológicas, la circulación que sufren los elementos de este discurso en los distintos dispositivos colectivos, circulación que tiende a ofrecer las condiciones de una resemantización, de un proceso de significación distinto del discurso tecnológico originario que permiten la configuración paulatina de órdenes generales de objetos. Ahí encuentran su cabida los distintos elementos materiales del proceso radiofónico: como objeto sometido a la lógica de estos órdenes.

Esto nos llevaría a plantear como punto de partida para el análisis los órdenes relativamente estables que generan la conformación material del objeto tecnológico como cierto núcleo de relaciones nucleares que representa la base del proceso radiofónico. Pero tal vez lo que constituyera uno de los objetivos de este trabajo sería la imaginación de nuevas conexiones del objeto tecnológico en el espacio propio de los momentos de emergencia de las luchas populares. Es en estos momentos cuando se producen tácticas singulares que permiten encontrar las líneas de fuerza que configuran las capacidades políticas del trabajo radiofónico. Queremos señalar además que consideramos que estos momentos están caracte-

rizados más por la morfología que adoptan los procesos colectivos de resistencia que por el carácter multitudinario que éstos puedan adoptar.

Ahora señalaremos simplemente algunas direcciones en las que se podría reflexionar para reconstruir el perfil de estos órdenes relativamente estables donde se inscriben los elementos del dispositivo tecnológico de la radio:

- a) La construcción de un dominio espacio-temporal en relación a los rasgos del objeto tecnológico. Las condiciones asociadas a una movilidad o inmovilidad del punto de transmisión, la posibilidad de reconstruir el entorno y la inscripción social de ese punto, su correspondencia a ciertas pautas culturales, a ciertas formas colectivas de identificación, la posibilidad de una cierta proximidad práctica, operativa, respecto de la emisora y su funcionamiento marcan la posibilidad y las modalidades de articulación de los mensajes con las prácticas colectivas concretas.
- b) Los discursos y las representaciones sectoriales asociadas al perfil y la naturaleza de los objetos tecnológicos, en particular de los medios masivos y los dispositivos electrónicos de registro y manejo de información. Ciertos patrones que confluyen para sustentar la legitimidad de prácticas asociadas a esos objetos, ciertas atribuciones de veracidad, modalidades argumentativas y estrategias discursivas, investidura de ciertos lugares de autoridad vinculados con el lugar de la enunciación en los medios, discursos predominantes, etcétera; todos estos dispositivos encuentran su soporte en la circulación colectiva de discursos y representaciones asociadas a los objetos tecnológicos.
- c) Los apuntalamientos y conexiones del discurso radiofónico en discursos externos a él y en semióticas heterogéneas. Este aspecto tiende a señalar la apertura absoluta que presenta el conjunto de los mensajes radiofónicos con otros discursos no radiofónicos y sus modalidades de circulación, de referencia, de validación cruzada. Estos discursos no radiofónicos y prácticas semióticas heterogéneas pueden articularse, conectarse con el discurso radiofónico a partir de elementos situados en múltiples niveles del comportamiento discursivo: pueden generar esa articulación a través de identificación respecto del género, respecto de las operaciones de concatenación discursiva, a través de modalidades sintáctico-semánticas locales de ejecución lingüística; incluso estas conexiones se pueden dar a través de elementos fonéticos, de rasgos de entonación, de acento, etcétera. Es claro que muchos mensajes radiofónicos pueden apuntalarse en discursos paralelos, virtuales, inscritos en otros espacios: discursos literarios, televisivos, científicos, periodísticos, saberes particulares de la comunidad a la cual están orientados, espacios y comportamientos codificados semióticamente y representables metonímicamente a través de cadenas sonoras transmisibles radiofónicamente. Todo esto propone articulaciones que se producen según tácticas ordenadas desde campos de interacción política, de movimientos colectivos.
- d) La no direccionalidad del mensaje radiofónico. La posibilidad de que cualquier receptor situado en el área cubierta por la transmisión reco-

nozca el mensaje impone condiciones particulares a la emisión, marca también la escucha. La diversidad de sectores de población, de agrupamientos, de clases incluidas en el radio abarcado por la transmisión asigna una construcción imaginaria, en el polo de emisión, de la identidad del 'otro', del receptor. La naturaleza, manifiestamente excluyente o incluyente, del campo imaginario de la identidad del colectivo de recepción impone modalidades al discurso radiofónico: por una parte, habría ciertos ajustes a los rasgos constitutivos de la estructura de los géneros; por otra parte, requeriría también de mecanismos de realización verbal que marcaran, sobre la cadena sonora, las particularidades de la identidad reconocida por el enunciador del mensaje. Esta característica coloca a la emisora frente a una doble alternativa: el uso de un lenguaje "neutro" que señala la aparente inclusividad del mensaje respecto de las prácticas discursivas de los sectores atravesados por el discurso radiofónico; o el uso de lenguaje clara e inequívocamente señalado por las prácticas discursivas, reconocidas imaginariamente como privativas de un sector dado de la población cubierta por la transmisión. El uso de este lenguaje señalado tiende a inscribir los rasgos diferenciales de ciertos usos discursivos en un orden abstracto, en un paradigma que, por la convergencia de otras emisoras y otros mensajes, tiende a establecer una lógica de equivalencias entre estos paradigmas discursivos que recorran la identidad imaginaria de los sectores sociales. Esto contribuye a fijar los cauces y los destinos de este saber imaginario sobre las instancias de transmisión, edificando también una distribución de lugares, de jerarquías que sustentan las tácticas políticas de la emisión radiofónica.

- e) El carácter estrictamente sonoro de la transmisión radiofónica. Esta característica aparentemente obvia impone condiciones altamente específicas a la lectura del mensaje radiofónico, no menos que a la emisión. En el campo de ésta última se produce la necesidad de una permanente reconstrucción metonímica de las condiciones contextuales de la emisión, con todas las implicaciones que esto acarrea. Sobre la cadena discursiva deben aparecer estas marcas, estos elementos sonoros que permitan reconstruir a partir de puros vestigios sonoros asociados a lo que está siendo significado, o de formas particulares de traducción a elementos sonoros, las manifestaciones semióticas a las que se refiere el mensaje. Estas marcas despliegan y construyen una narración que subtiende otros géneros de mensajes, como una superficie inherente al mensaje radiofónico. Esto conlleva necesariamente la construcción de estructuras y estrategias particulares de lectura del mensaje radiofónico que buscan apuntalarse sobre otros discursos semióticamente más complejos o complementarios. Es posible también que esas estrategias de la escucha radiofónica traten de encontrar su apuntalamiento en una derivación subjetiva de los dispositivos colectivos que rigen la escucha: asociaciones, recuerdos, fantasías que abren su circulación hacia niveles de discursos multiplicados y variables. Esta circulación de las estrategias de lectura

aparecen como un componente estructurante de la identidad predominante en ciertos sectores sociales. Esta identidad se orientaría según una resemantización ineludible de los elementos narrativos del mensaje radiofónico, por el efecto ordenador del espacio simbólico en el que se inscribe el sujeto; todo esto sobre la base de las configuraciones discursivas predominantes colectivamente.

Es posible trazar, en el entrelazamiento de todas estas condiciones —y muchas otras que no aparecen en las presentes notas— una posibilidad indeterminada de tácticas de escucha. No aparece polaridad posible que genere un ordenamiento o una tipología nítidamente señalada por sus objetivos políticos establecidos de antemano: las radios libres, las radios mineras, las radios en coyunturas revolucionarias, las radios que surgen en los movimientos de resistencia política en los países del Este, las radios sindicales. Todas estas radios, entre otras —incluso las vinculadas, por el carácter de su inscripción social explícita, a los sectores hegemónicos de la dominación— han variado sus estrategias en momentos coyunturales. Movimientos antagónicos han generado estrategias análogas con resultados imprevistos, emisoras progresistas han tratado de instrumentar estrategias de emisión situadas en aparente oposición con respecto a las dominantes, logrando efectos contrarios a los esperados.

Habrà tal vez que encontrar, en cada momento, en cada confluencia de procesos, en la emergencia de las manifestaciones colectivas, el lugar instrumental específico de la radio y sus materialidades en las tácticas colectivas de lucha. El objeto radiofónico: el conjunto de rasgos, realizados o virtuales, las inscripciones que rigen colectivamente el perfil del proceso radiofónico; se transforma a partir de las distintas líneas de fuerza que atraviesan las luchas colectivas. Las comunidades transforman sus objetos, y la radio entre ellos, en el curso de sus movimientos; reconstruyen también saberes móviles, cambiantes, siempre residuales frente a la voluntad totalizante de los discursos dominantes. En los momentos de emergencia colectiva todos los objetos y sus perfiles se muestran reversibles, las estrategias carecen de otro signo que el que les da su inscripción instrumental en el flujo colectivo: se borran los trayectos y las tipologías.

En esos momentos políticos se modifican las estrategias de lectura; se elabora colectivamente una fisonomía del dispositivo radiofónico, se le asigna un cierto lugar instrumental en conexión con otras prácticas colectivas; se producen procesos de identificación circulantes que exceden el mensaje radiofónico para adentrarse en los cuerpos múltiples que alimentan el movimiento colectivo. Aquí, la construcción de la identidad que antes servía a procesos verticales de sometimiento, de delegación autoritaria de la verdad, se convierte en un mecanismo de resistencia donde la radio se ve ubicada en un lugar articulador fundamental, apoyándose a veces en mecanismos y procesos análogos a los que antes eran reconocibles como prácticas políticas antagónicas.

No es posible, tal vez no lo sea, fijar los géneros, diseñar categorías, someter la lectura a generalizaciones, establecer para sus procedimientos algoritmos, secuencias de operaciones, mecanismos de desciframiento constantes y predeterminables. Es difícil pensar que los programas que hoy tienen un carácter educativo y

son descifrados de acuerdo con ciertos órdenes de operaciones específicas, mantendrán su carácter y serán leídos de la misma manera; tampoco es posible realizar la fantasía autoritaria de hacer de los mensajes políticos de la radio un cálculo de efectos encuadrables en una estrategia política; el efecto supuestamente alienante de las transmisiones musicales con cantantes de moda es difícilmente adivinable en la circulación colectiva de las significaciones. Las tácticas parecen emerger repentinamente, sobre la superficie de las identidades colectivas aparentemente homogéneas, para revelar el carácter sectorial de las luchas colectivas, su campo asociado de relaciones, de transformaciones.